

DOMINGO I DE ADVIENTO (C)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas osb
2 de diciembre de 2012

Jer 33, 14-16; Sal 24, 4-5.8-9.10.14 (R.: 1b); 1 Tes 3, 12, 4, 2; Lc 21, 25-28. 34-36

A ti, Señor, levanto mi alma.

Con el primer domingo de Adviento volvemos a empezar, hermanas y hermanos, el ciclo del año litúrgico, durante el cual contemplamos el misterio de Cristo, lo hacemos presente mediante la invocación del Espíritu Santo y experimentamos su acción salvadora, su gracia santificante.

Hay un cierto tono de desafío lleno de esperanza en la actitud de los cristianos que, año tras año, semana tras semana, día tras día, alabamos a Dios, le invocamos, celebramos sacramentalmente su presencia y esperamos ansiosos la venida definitiva, el final glorioso, la parusía.

A ti, Señor, levanto mi alma. Es el canto esperanzado del salmista y es la voz de la Iglesia peregrina que, en cada uno de sus miembros y de las comunidades que la forman, renueva la confesión de fe en Dios creador y Señor de todas las cosas, Padre amoroso, Hijo amigo de los hombres, Espíritu Santo que infunde la vida.

A ti, Señor, levanto mi alma. Aunque a menudo la evidencia más inmediata nos hace pensar que Dios se esconde, o que no puede o no quiere hacer nada para apaciguar el clamor de los inocentes, para devolver la paz y la rectitud (la justicia!) definitiva a la creación y al corazón del hombre torcido por el pecado de los primeros padres.

A ti, Señor, levanto mi alma. Confiadamente alzamos hacia Él nuestra mirada, empujados por las palabras del Señor en el Evangelio: *Tened cuidado... Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del hombre.* El desafío, fruto del amor y de la esperanza, llega al límite. Siguiendo la exhortación del Apóstol, y con la ayuda de su Espíritu Santo, quisiéramos llegar al culmen del amor a Dios y al prójimo. *Para que así os fortalezca internamente; para que cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de sus santos, os presentéis santos e irreprochables ante Dios nuestro Padre.* Queremos ser centinelas en la noche, testigos de la luz. Queremos permanecer de pie esperando al Señor que viene, y porque lo amamos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, queremos que nos encuentre a punto. ¿Quién sabe cuándo será la hora decisiva, la última, la de la consumación de todo, la de la verdad entera? ¿Quién sabe cuándo llegará esta hora para cada uno de nosotros? Aceptar la sorpresa de este momento es ya un primer acto de fe, de adoración a Dios y de aceptación que Él es Padre y Señor y que nosotros somos sus hijos amados.

A ti, Señor, levanto mi alma, continuamos cantando con el salmista. Y percibimos que no estamos solos en este clamor. Al recibir el bautismo fuimos incorporados a la Iglesia, al pueblo de Dios en marcha. Una multitud de santos nos ha precedido, y otra multitud nos acompaña. Caminamos juntos por la ruta del mundo, con la esperanza segura del destino que nos espera. *En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos y la llamarán así: «Señor-nuestra-justicia».* Nuestro destino, sin embargo, ya no es un lugar concreto en la geografía del mundo (como podía ser, para los hijos de la Promesa, la ciudad de Jerusalén), sino que es Alguien que nos quiere con Él por toda la eternidad. Qué alegría y qué sorpresa cuando nos daremos cuenta de la multitud de los elegidos, los llamados, los deseados, los salvados más allá de nuestros cálculos o de nuestras pequeñas previsiones. Entonces cantaremos todos juntos: *Las sendas del Señor son misericordia y lealtad para los que guardan su alianza.* Dios nos ha hecho conocer sus rutas, nos ha mostrado sus caminos, nos ha

instruido con su verdad que es Jesucristo muerto en la cruz y resucitado para salvarnos.

A ti, Señor, levanto mi alma.

Pedimos la gracia del Espíritu Santo para renovar, un día más, una semana más, un año más, nuestro desafío de amor, de fe y de esperanza. No nos dé miedo anunciar que nuestro destino último no es este mundo que pasa, sino que es el cielo, el Reino de Dios, que es un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz (cf. Prefacio *Solemnidad de Cristo Rey*). Plantémonos en medio de la vida, en medio del mundo, como hermanos de los hombres y mujeres que viven y que mueren, para unir nuestra voz a la del salmista de todos los tiempos y reclamar la última venida de Cristo cantando:

A ti, Señor, levanto mi alma.